

ha logrado ya un récord de 7 sobre 7 contra su único rival importante.

Puede afirmarse razonablemente que, a los 22 años, John McEnroe es el jugador más grande de la historia del tenis. ¿Es también el más antipático, como insisten sus críticos? No puede negarse que a menudo es irrespetuoso con las autoridades de los torneos; pero las repeticiones, en la televisión, de las decisiones que él protesta muestran que, en la mayoría de los casos, la queja de McEnroe es justificada y no revela complejo de persecución por su parte. Igualmente se indigna a veces cuando su contrario es víctima de una decisión injusta: en un momento extremadamente crítico de su partido contra Borg, en el *open* de Estados Unidos de 1980, al privársele a Borg injustamente un tanto, tiró la siguiente pelota deliberadamente hacia la multitud para compensar el error arbitral. La mayoría de los observadores han considerado excesivo el número de tales errores en el torneo de este año, debido a la utilización de dos jueces de línea tan sólo —en vez de los cuatro que se necesitan—, al parecer como medida de economía, adoptada por los organizadores, preocupados por los beneficios. Asimismo, consideraciones comerciales dieron lugar a que los organizadores del torneo francés Roland-Garros de este año insistieran en que McEnroe, Connors y demás contendientes siguieran jugando en canchas que se habían vuelto resbaladizas por la lluvia, antes que aplazar los partidos y devolver el importe de las entradas. El espectáculo de los jugadores protestando por tener que jugar un «game» que no querían, fue una dramática ilustración de en qué se han convertido los deportes en una sociedad de consumo.

Aunque ahora ha pasado a ser el segundo de los tenistas del mundo, Borg sigue siendo campeón indiscutible en el arte de adaptarse a las necesidades de una economía de mercado. Puede que no volvamos a ver a otro igual. Fiel a su propia lógica, se exilió de su país de origen, Suecia, para eludir los elevados impuestos del régimen socialista, entonces en el poder. Ya no representa a su país en los partidos de Copa Davis, a diferencia de McEnroe, que sacrifica el dinero que podría ganar en los torneos durante ese tiempo. Hay cosas, efectivamente, que McEnroe se niega a hacer por dinero. Una de ellas, por ejemplo, es jugar en países que practican el *apartheid*. Los sudafricanos le ofrecieron un millón de dólares por participar en un torneo en su país. McEnroe rechazó rotundamente el ofrecimiento. ■ T.G.B. (Traducción Francisco Torres Oliver)

AZTLAN, EL INFIERNO RECOBRADO

FELIPE MELLIZO

SUBITAMENTE, el último verano, me llamó por teléfono Tino Villanueva. Antes me había escrito, para comentar una nota que firmé hace unos meses en estas mismas páginas bajo el título *Letras que entran con sangre* (TRIUNFO, febrero 1981). Se trataba de un urgente escrito sobre la literatura chicana.

Tino Villanueva es un chicano. Nació en San Marcos, Texas, en 1941. Hace, pues, poco tiempo, pero el suficiente para que Tino haya escrito ya una autobiografía. Breve, dramática por su sencillez y hermosa por su lenguaje (1). *Tuve otros dos hermanos —dice— pero murieron a poco de nacer. Y añade: Mi padre trabajó en una embotelladora y mi madre en un taller de costura. Esto se agotó en poco tiempo, por lo cual se vieron sin otra opción que la de volver a la labor, como decimos, o sea, a hacer faenas de campo (cortando cedro, desahijando y pizcando el algodón), con la excepción de la temporada 1944-*

1945, cuando mi madre fue costurera en una pequeña empresa fabricante de pantalones de mezclilla azul para la marina.

Después, Tino hizo muchas cosas: malgraduarse en la San Marcos High School, trabajar en una fábrica de muebles de Chicago y servir como soldado U.S.A. nada menos que en la Zona del Canal de Panamá, en Fort Clayton. Allí se acercó por primera vez a Rubén Darío, a José Martí, a Porfirio Barba (*hay días que somos tan móviles, tan móviles como las leves briznas al viento y al azar...*). Luego, Licenciado en Arte por la State University de Nueva York, en Buffalo y becario en la Universidad de Salamanca. Como el mundo da muchas vueltas, fue discípulo de Caballero Bonald en uno de los cursos de verano de Bryn Mawr. Ahora es profesor del Wellesley College, en Boston, y ha publicado una buena colección de artículos, ensayos, crítica y cuentos.

Lo que quería Tino cuando, súbitamente, me llamó por teléfono el último verano, era entregarme un libro: *Chicanos: Antología histórica y lite-*



Reies López Tijerina.



Tino Villanueva.

Angela de Hoyos. ▶

raría (2). Villanueva es el prologuista y el compilador. Me parece que ningún escritor de habla española que sea bien nacido debe dejar de leerlo. Por lo pronto, para aprender algo acerca de la historia siniestra y oculta de una larga opresión que pudo comenzar en los días ominosos del Tratado de Guadalupe Hidalgo, que continúa hoy en la aventura de los «espaldas mojadas» y que nosotros, blandones y desarmados, hemos aplaudido honrando con displicencia de europeos presuntos las películas del Oeste. Los chicanos fueron injuriados y expoliados. Luego, cuando los tiempos surgieron otros modos, estudiados por los magistri anglosajones. Una crítica —escribe Villanueva— dominada por una actitud paternalista ha hecho de nosotros especímenes caricaturescos y folklóricos, «quaint and curious»... ¿Quién, por cierto, no ha sentido esa presión al ver el patético «Desfile de la Hispanidad», nada menos que en Nueva York, nada menos que a través de los comentarios de unos pocos horteras de «bingo» y «disco»?).

Pero, de pronto, los chicanos empezaron a escribir. Muchos, en un castellano límpido y muscular, como Juan Bruce-Novoa (*Niña - nunca me habías contado - que de niña, - soñabas que te tocaban aquí - hasta que de tan mojada - despertabas a olerte los dedos - y seguir cálidamente acurrucada - en la vigilia de la inocencia - de tus años perversamente virginales.*) Otros, en esa lengua de la lucha, el spanglish heroico que se abre paso en la historia a mordiscos, en los aduares urbanos y en las llanu-



ras algodónadas. Ese spanglish llegará a conquistar la gloria del yiddish: es un testimonio escotero, fronterizo, bastardo, audaz y tembloroso al mismo tiempo, de la triste condición del rebelde humillado. Un buen día, cuando sea interesante la adulación, los grandes brahmanes suecos darán un «Nobel» a cualquier Reyes, Hinojosa o Sedillo de tez cobriza, acaso nacido en Austin o San Antonio, como lo hicieron con Isaac Bashevis Singer, un perro de la diáspora hace sólo medio siglo.

Muchos de los textos recogidos por Tino Villanueva en este libro están escritos en un spanglish fascinador. Me quedo con dos, como señal: una comedia de Carlos Morton titulada «El jardín» y un poema de Juan Felipe Herrera, «Quetzalcoatl», que aún añade al inglés un leve toque, antiguo y altivo, de la lengua nahua. También

hay algún texto que parece meditado para abonar la mala leche: un estu-pendo fragmento autobiográfico de Anthony Quinn, un «informe» vivido de Jorge A. Bustamante sobre los «espaldas mojadas» que han construido, con sus propios cadáveres, la mitología del Río Grande, un relato simple y caliente de Reies López Tijerina, pastor, guitarrista y guerrillero y, además, mi compadre desde hace unos años y después de unas cuantas jornadas de palabras inacabables. Están aquí el terrible Alurista, la dulce Angela de Hoyos, el nostálgico Ricardo Sánchez...

Bueno, mírenlos, no más. Son nuestros «carnales», los guardias fronterizos de nuestra ya macilenta cultura, los que dan la cara por nosotros, como dice Juan Rulfo. Se les estaba ofreciendo un rinconcito en el paraíso de los Padres Peregrinos, pero han preferido volver al infierno de Aztlan, donde todavía resbalan los cuchillos cuando rozan un hueso. Mestizos, con rostro de piel roja, disfrazados en los aduares de las grandes ciudades como «pachucos» de pelo engrasado y cinturones con grandes hebillas o, al fin, profesores en Universidades marginales, entre rubias nórdicas de gordas pantorrillas que están diciendo «comedme». Tendría gracia que estuviera entre ellos San Juan de la Cruz mientras nosotros, en Madrid, mordisqueamos «burgues» y nos orinamos ante las películas de John Wayne. ■ F.M.

(1) *Notas o lépez para una autobiografía.* En «Plural», núm. 107, agosto 1980.

(2) Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1980.